

PRÓLOGO

Centro penitenciario de máxima seguridad 13, Nizhni Tagil, en Rusia / Campione d'Italia, en Italia

Los cuatro reclusos esperaban a que apareciera Boria Maks mientras se apoyaban contra la piedra sucia de unas paredes cuya frialdad ya no les afectaba. En el patio de la prisión fumaban cigarrillos caros del mercado negro, hechos con tosco tabaco negro turco, y hablaban entre ellos como si no tuvieran nada mejor que hacer que introducirse el áspero humo en los pulmones y expulsarlo en bocanadas que parecían endurecerse con el aire gélido. Sobre sus cabezas, la cúpula de esmalte del cielo centelleaba de estrellas. La Osa Mayor, el Lince, Canes Venatici o Perseo. Eran las mismas constelaciones que resplandecían en el cielo nocturno de Moscú, a mil kilómetros al sudoeste, pero ¡cuán diferente era aquí la vida de los clubes chillones y calurosos de Triojorni Val y la calle Sadovnicheskaya!

De día los reclusos del centro número 13 fabricaban piezas para el T-90, el formidable tanque de batalla ruso. Pero de noche ¿de qué hablan los hombres que carecen de conciencia y de sentimientos? Curiosamente, de la familia. La estabilidad de sus vidas anteriores se traducían en que pensaban en la mujer y los hijos que tenían en casa, del mismo modo que los imponentes muros del centro penitenciario de máxima seguridad número 13 definían sus vidas actuales. Lo que hacían para ganar dinero —mentir, engañar, robar, extorsionar, chantajear, torturar y matar— era lo único que conocían. Se daba por hecho que hacían todas esas cosas bien, pues, de otro modo, estarían muertos. Las suyas eran unas existencias ajenas a lo que la mayoría de la gente entiende por civilización. Regresar con el pensamiento a la calidez de una mujer conocida, a los aromas caseros de la remolacha dulce, la col hervida, la carne estofada y el ardor picante del vodka eran consuelos que ponían nostálgicos a

todos. Ese sentimiento los unía tanto como los tatuajes de su oscura profesión.

Se oyó un quedo silbido que rasgó el gélido aire nocturno y evaporó sus reminiscencias como la trementina sobre la pintura al óleo. Al aparecer Boria Maks, la noche perdió todo el color de la imaginación y volvió a ser azul y negra. Era un hombretón, un hombre que, desde que estaba dentro, levantaba pesas durante una hora, y después saltaba a la comba durante noventa minutos todos los días. Como asesino a sueldo de la Kazanskaya, la rama de la *grupperovka* rusa que traficaba con drogas y coches en el mercado negro, gozaba de cierta posición entre los mil quinientos reclusos del centro número 13. Los guardias lo temían y despreciaban. Su reputación lo precedía como una sombra al atardecer. No era muy distinto del ojo de un huracán, alrededor del cual se arremolinaban los vientos aullantes de la violencia y la muerte. El último de ellos había sido el quinto hombre del grupo que ahora se componía de cuatro. Perteneciera a la Kazanskaya o no, Maks debía ser castigado; en caso contrario, todos ellos sabían que sus días en el centro penitenciario número 13 estaban contados.

Sonrieron a Maks. Uno de ellos le ofreció un cigarrillo, y otro se lo encendió mientras él se inclinaba, protegiendo la diminuta llama del viento con la mano. Cada uno de los otros dos hombres agarró un brazo de acero de Maks, mientras que el que le había ofrecido el cigarrillo avanzaba con un rudimentario cuchillo casero en la fábrica de la prisión hacia el plexo solar de Maks. En el último instante, Maks lo apartó de un manotazo con un toque soberbiamente sincronizado de la mano. Acto seguido el hombre de la cerilla consumida descargó un gancho de abajo a arriba con todas sus fuerzas en la barbilla de Maks.

Éste retrocedió tambaleándose contra los torsos de los dos hombres que le sujetaban los brazos. Pero al mismo tiempo clavó el tacón de la bota izquierda sobre el empeine de uno de los hombres que lo sujetaban. Después de liberarse del brazo izquierdo, lanzó el cuerpo en un arco brusco, hundiendo el codo doblado en la caja torácica del hombre que le sujetaba el brazo derecho. Libre por un instante, apo-

yó la espalda en el muro en la oscuridad. Los cuatro hombres cerraron filas, preparados para matar a la presa. El que tenía el cuchillo se adelantó, y otro se colocó un pedazo de metal curvo sobre los nudillos.

La pelea empezó de manera impetuosa, con gruñidos de dolor y de esfuerzo, chorros de sudor y manchas de sangre. Maks era fuerte y astuto —su reputación era bien merecida—, pero aunque atacó con todas sus fuerzas, se enfrentaba a cuatro enemigos decididos. Cuando Maks derribaba a uno, otro ocupaba su lugar, de modo que siempre había dos golpeándolo mientras los demás se reagrupaban y se recuperaban lo mejor que podían. Los cuatro hombres no se habían hecho ilusiones acerca de la tarea a la que se enfrentaban. Sabían que no lograrían superar a Maks con un solo ataque, ni con dos. Su plan era agotarlo por turno; ellos se tomaban descansos, pero a él no le permitían ninguno.

Y parecía funcionar. Ensangrentados y magullados, siguieron con su implacable ataque, hasta que Maks golpeó con el canto de la mano el cuello de uno de los cuatro hombres —el del cuchillo casero— y le aplastó la nuez de Adán. El hombre cayó hacia atrás en brazos de uno de sus compatriotas, jadeando como un pez en el anzuelo. Puso los ojos en blanco y se convirtió en un peso muerto, lo que aprovechó Maks para arrancarle el cuchillo de la mano. Cegados por la rabia y sedientos de sangre, los otros tres se arrojaron sobre Maks.

Su impulso estuvo a punto de penetrar en las defensas de Maks, pero él los rechazó con calma y eficacia. Los músculos de los brazos sobresalían cuando se volvió hacia los hombres y se enfrentó a ellos con el lado izquierdo, de modo que presentase un blanco más pequeño. Al mismo tiempo blandía el cuchillo con estocadas breves y fugaces que infligían una serie de heridas que, pese a ser profundas, hacían que corriera la sangre. Era una táctica premeditada de Maks para contrarrestar la manera en que sus contrincantes intentaban dejarlo agotado. Pero una cosa era estar fatigado, y otra muy diferente era perder sangre.

Uno de sus agresores se lanzó hacia adelante, resbaló con su propia sangre y Maks lo golpeó. Esto creó una abertura, y el que tenía el

puño de hierro casero intervino, hundiendo el metal en un lado del cuello de Maks. Éste se quedó inmediatamente sin respiración y perdió las fuerzas. Los otros hombres le grabaron a golpes un impío tatuaje, y estaban a punto de acabar con él cuando apareció un guardia entre las tinieblas y los dispersó a conciencia con una porra de madera maciza cuya fuerza era mucho más devastadora que ningún pedazo de metal.

La porra que el guardia manejaba con tal destreza hizo que uno de los agresores se dislocase un hombro y después se lo rompiese. Otro acabó con un lado del cráneo hundido. Cuando el tercero se volvió para huir, recibió un golpe en la tercera vértebra lumbar, que se rompió con el impacto y le partió la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó Maks al guardia mientras intentaba recobrar la respiración—. Creía que esos cabrones habían sobornado a todos los guardias.

—Lo hicieron. —El guardia cogió a Maks por el codo—. Por aquí —indicó con el extremo brillante de la porra.

Los ojos de Maks se entornaron.

—Por ahí no se vuelve a las celdas.

—¿Quieres salir de aquí o no? —preguntó el guardia.

Maks asintió un poco perplejo, y los dos hombres caminaron rápidamente por el patio desierto. El guardia mantenía el cuerpo apretado contra la pared, y Maks lo imitaba. Por lo que veía Maks, se movían a un ritmo controlado que los mantenía fuera del ir y venir de las luces de los faros. Le habría gustado saber quién era el guardia, pero no había tiempo. Además, en el fondo de su mente se esperaba algo así. Sabía que su jefe, el cabecilla de la Kazanskaya, no dejaría que se pudriera en el centro número 13 durante el resto de su vida, aunque sólo fuera porque era demasiado valioso. ¿Quién podría sustituir al gran Boria Maks? Sólo uno, quizá: Leonid Arkadin. Pero Arkadin —fuera quien fuera, pues, que Maks supiera, nadie lo conocía ni había visto su cara— no trabajaría para la Kazanskaya, ni para ninguna de las familias. Trabajaba por libre, era el último de una saga en extinción. Suponiendo que existiera, cosa que, a decir verdad, Maks dudaba. Había crecido oyendo cuentos sobre hombres del saco

con poderes increíbles. Por algún motivo retorcido, los rusos disfrutaban intentando asustar a sus hijos. Pero la verdad era que Maks nunca había creído en hombres del saco, ni se había asustado nunca. Tampoco tenía ningún motivo para temer al fantasma de Leonid Arkadin.

Para entonces el guardia había abierto una puerta que se encontraba a medio camino en la pared. La cruzaron justo cuando uno de los focos de rastreo serpenteaba sobre las piedras en las que, momentos antes, se habían apoyado.

Tras varios giros, Maks se encontró en el pasillo que conducía a las duchas comunes de hombres, pasadas las cuales sabía que estaba una de las dos entradas al ala de la prisión. No tenía ni idea de cómo pensaba cruzar el guardia el puesto de control, pero Maks no malgastó energía intentando adivinarlo. Hasta ese momento había demostrado saber lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. ¿Por qué motivo habría de ser diferente en eso? Estaba claro que era un profesional. Había investigado la prisión a fondo, y resultaba evidente que tenía alguna clase de apoyo importante: primero, para entrar, y segundo, para moverse a su antojo por el lugar, como parecía. El asunto llevaba la marca del jefe de Maks.

Mientras bajaban por el pasillo hacia la sala de las duchas, Maks dijo:

—¿Quién eres?

—Mi nombre no es importante —dijo el guardia—. Quien me manda, sí.

Maks absorbió todo en la quietud insólita de la noche de la prisión. El ruso del guardia era impecable, pero al ojo experimentado de Maks no parecía ruso, ni georgiano, ni checheno, ni ucraniano, ni azerbaiyano, ni nada parecido. Era bajo para Maks, pero para él todo el mundo era bajo. Aun así, su cuerpo estaba musculado y sus reacciones estaban perfectamente sincronizadas. Poseía el sosiego antinatural de la energía dominada de la manera correcta. No hacía ningún movimiento que no fuera necesario y, cuando eso sucedía, sólo utilizaba la cantidad de energía requerida y no más. El propio Maks era así, o sea que para él era fácil detectar los signos sutiles que otros no

habrían advertido. Los ojos del guardia eran claros, su expresión lúgubre, casi despegada, como la de un cirujano en el quirófano. Sus cabellos claros eran abundantes en la parte alta, y estaban cortados con un estilo que a Maks le habría parecido raro de no haber sido aficionado a las revistas internacionales y a las películas extranjeras. De hecho, si Maks no supiera que aquello era imposible, habría dicho que el guardia era estadounidense. Pero eso era imposible. El jefe de Maks no empleaba a estadounidenses: los asimilaba.

—Así que te manda Maslov —dijo Maks. Dimitri Maslov era el jefe de la Kazanskaya—. Ya era hora, joder, te lo juro. Quince meses aquí son como quince años.

En aquel momento, al llegar junto a las duchas, el guardia, sin volverse del todo, golpeó a Maks con la porra en un lado de la cabeza. Maks, con la guardia bajada, se tambaleó sobre el suelo de hormigón de la sala de duchas, que olía a moho, a desinfectante y a hombres que no mantenían una higiene adecuada.

El guardia fue tras él con despreocupación, como si estuviera paseando con una muchacha del brazo. Blandió la porra casi perezosamente. Golpeó a Maks en el bíceps izquierdo, con la fuerza suficiente como para empujarlo hacia atrás en dirección a la hilera de alcachofas de ducha que sobresalían de la pared húmeda del fondo. Pero Maks no se dejaba empujar, ni por ese guardia ni por nadie. Mientras la porra iniciaba el descenso, se adelantó y rompió la trayectoria del golpe con su antebrazo en tensión. Situado en la línea de defensa del guardia, podía actuar de la manera más favorable para sus intereses.

En la mano izquierda tenía el cuchillo casero. Lo blandió hacia adelante con la punta afilada. Cuando el guardia se movió para detenerlo, lo levantó, rasgando el borde de la hoja contra la carne. Había apuntado a la parte interior de la muñeca del guardia, el nudo de venas que, si se cortaban, inutilizarían la mano. Pero los reflejos del guardia eran tan rápidos como los suyos, y la hoja dio en la manga de la chaqueta sin penetrar en la piel como habría debido. Maks sólo tuvo tiempo de pensar que la chaqueta debía de estar forrada con Kevlar o algún otro material impenetrable antes de que el borde calloso de la mano del guardia le hiciera soltar el cuchillo.

Otro golpe lo mandó hacia atrás, tambaleándose. Tropezó con uno de los agujeros de desagüe, donde se le hundió el talón, y el guardia aplastó la suela de su bota contra el costado de una rodilla de Maks. Se oyó un sonido horrible, de hueso triturado contra hueso al tiempo que la pierna derecha de Maks se hundía.

Mientras se agachaba, el guardia dijo:

—No me mandó Dimitri Maslov. Fue Piotr Zilber.

Maks luchó por liberar el talón, que ya no sentía, del agujero del desagüe.

—No sé de quién me hablas.

El guardia lo agarró por la camisa.

—Mataste a su hermano, Aleksei. De un tiro en la nuca. Lo encontraron boca abajo en el río Moskva.

—Era trabajo —dijo Maks—. Sólo trabajo.

—Sí, pues esto es personal —dijo el guardia mientras lanzaba la rodilla a la entrepierna de Maks.

Maks se dobló hacia adelante. Cuando el guardia se inclinó para enderezarlo, Maks levantó la cabeza con la intención de golpear la barbilla del guardia. El guardia se mordió la lengua y brotó sangre de sus labios.

Maks usó esa ventaja para lanzar el puño contra el costado del guardia justo por encima del riñón. Los ojos del guardia se abrieron exageradamente, única señal de que sentía dolor, y dio una patada a la rodilla destrozada de Maks. Éste cayó y se quedó en el suelo. El dolor era como un río que fluía dentro de él. Mientras se esforzaba por aplacarlo, el guardia le dio otra patada. Sintió que sus costillas cedían y su mejilla besó el hediondo suelo de hormigón. Se quedó echado y aturdido, incapaz de levantarse.

El guardia se puso en cuclillas a su lado. El ver la mueca del guardia proporcionó a Maks cierta satisfacción, pero fue todo el alivio que estaba destinado a recibir.

—Tengo dinero —jadeó Maks débilmente—. Está enterrado en lugar seguro, donde nadie lo encontrará. Si me sacas de aquí, te llevaré hasta él. Puedes quedarte con la mitad. Son más de medio millón de dólares estadounidenses.

Aquello sólo sirvió para poner más furioso al guardia. Golpeó a Maks con fuerza en la oreja, y haciéndole ver las estrellas. Su cabeza resonó con un dolor que en cualquier otra persona habría sido insupportable.

—¿Crees que soy como tú? ¿Que no tengo lealtad? —Escupió a la cara de Maks—. Pobre Maks, cometiste un grave error matando al chico. Las personas como Piotr Zilber nunca olvidan. Y tiene medios para mover cielos y tierra para conseguir lo que quiere.

—Entendido —susurró Maks—, puedes quedarte con todo. Hay más de un millón de dólares.

—Piotr Zilber te quiere muerto, Maks. He venido a decírtelo. Y a matarte. —Su expresión cambió sutilmente—. Pero primero...

Extendió el brazo izquierdo de Maks y le pisó la muñeca, sujetándola con fuerza contra el áspero hormigón. Entonces sacó un par de tijeras de podar de hoja gruesa.

Eso despertó a Maks de su letargo inducido por el dolor.

—¿Qué haces?

El guardia cogió el pulgar de Maks, en cuyo dorso había un tatuaje de un cráneo, igual que el más grande que tenía en el pecho. Era un símbolo de la elevada posición de Maks en su profesión sanguinaria.

—Además de querer que supieras la identidad del hombre que ha ordenado tu muerte, Piotr Zilber exige pruebas de tu defunción, Maks.

El guardia colocó las tijeras en la base del pulgar de Maks, y apretó las hojas. Maks emitió un gorgoteo, no muy diferente del de un bebé.

Como haría un carnicero, el guardia envolvió el pulgar en un cuadrado de papel de cera, lo ató con una goma elástica y lo metió en una bolsa de plástico hermética.

—¿Quién eres? —logró decir Maks.

—Me llamo Arkadin —dijo el guardia. Se abrió la camisa, mostrando un par de palmatorias tatuadas en el pecho—. O, en tu caso, la Muerte.

Con un movimiento lleno de gracia, Arkadin rompió el cuello a Maks.

La luz revitalizante de los Alpes iluminaba Campione d'Italia, un enclave italiano diminuto y exquisito de apenas dos kilómetros cuadrados, ubicado en Suiza, en un escenario perfecto como un mecanismo de relojería. Debido a su privilegiada situación en el extremo oriental del lago de Lugano, era maravillosamente pintoresco al mismo tiempo que un lugar excelente donde empadronarse. Al igual que Mónaco, era un paraíso fiscal para los individuos acaudalados que poseían lujosas mansiones y pasaban las horas de ocio jugando en el casino de Campione. El dinero y los objetos de valor podían guardarse en bancos suizos, que tenían una reputación bien merecida de discreción en el servicio, completamente a salvo de los ojos fisgones de la ley internacional.

Ese lugar idílico y poco conocido fue el que Piotr Zilber eligió para su primer encuentro cara a cara con Leonid Arkadín. Se había puesto en contacto con Arkadín a través de un intermediario, porque por razones de seguridad prefería no tener relación directa con el asesino. Desde temprana edad, Piotr había aprendido que toda precaución era poca. Nacer en una familia con secretos comportaba una pesada carga de responsabilidad.

Desde su noble atalaya en el mirador junto a Via Totone, Piotr gozaba de un panorama impresionante de los tejados de teja pardorrojiza de los chalés y los apartamentos, las plazas rodeadas de palmeras de la ciudad, las aguas cerúleas del lago y las montañas, con las laderas cubiertas de capas de neblina. El ronroneo lejano de las lanchas motoras, que dejaban espumosas estelas blancas con forma de cimitarras, le llegaban de manera intermitente al asiento de su BMW gris. En realidad, parte de su cabeza ya estaba ocupada con el viaje que se aproximaba. Después de obtener el documento robado, lo había mandado en un largo viaje por su red de comunicaciones hasta su destino final.

Estar allí lo excitaba de forma extraordinaria. Su anticipación por lo que estaba a punto de suceder, los elogios que recibiría, especialmente de su padre, le hicieron sentir como una descarga eléctrica. Estaba al borde de una victoria inimaginable. Arkadín lo había llamado desde el aeropuerto de Moscú para informarle de que la opera-

ción había culminado con éxito, y que tenía en su poder la prueba física que Piotr exigía.

Había corrido un riesgo yendo en pos de Maks, pero aquel hombre había asesinado al hermano de Piotr. ¿Se suponía que debía presentar la otra mejilla y olvidarse de la afrenta? Conocía mejor que nadie la férrea regla de su padre de mantenerse en la sombra, de permanecer ocultos, pero creía que merecía la pena embarcarse en ese acto de venganza concreto. Además, había gestionado el asunto a través de intermediarios, tal como sabía que habría hecho su padre.

Al oír el rugido sordo de un motor de coche, se volvió y vio un Mercedes de color azul oscuro subiendo la pendiente hacia el mirador.

El único riesgo real que estaba asumiendo era el que corría en ese momento, y sabía que era inevitable. Si Leonid Arkadín era capaz de infiltrarse en el centro penitenciario número 13 de Nizhni Tagil y matar a Boria Maks, era el hombre que Piotr necesitaba para el siguiente trabajo. Una tarea de la que su padre debería haberse encargado hacía años. Ahora tenía la oportunidad de acabar lo que su padre tenía demasiado miedo de intentar. El botín era para los osados. El documento que había obtenido era prueba suficiente de que el tiempo de ser precavidos había llegado a su fin.

El Mercedes se paró junto al BMW y de él bajó un hombre de cabellos claros y ojos más claros aún, dotado de la agilidad de un tigre. No era un hombre muy corpulento, ni tenía el exceso de músculo de muchos de los empleados de la *grupperovka* rusa; de todos modos, algo en su interior irradiaba un silencioso aire amenazante que impresionó a Piotr. Desde muy joven, Piotr había estado en contacto con hombres peligrosos. A los once mató a un hombre que había amenazado a su madre. No había dudado lo más mínimo. De haberlo hecho, su madre habría muerto aquella tarde en un bazar de Azerbaiyán, a manos del asesino que blandía el cuchillo. Quien había enviado a aquel asesino, así como a otros a lo largo de los años, había sido Semion Ikupov, el implacable enemigo del padre de Piotr, el hombre que en aquel momento estaba en el seguro refugio de su mansión de Viale Marco Campione, a un kilómetro de donde se encontraban ahora Piotr y Leonid Arkadín.

Los dos hombres no se saludaron. Nadie pronunció ningún nombre. Arkadin cogió el maletín de acero inoxidable que Piotr le había mandado. Piotr buscó el maletín gemelo dentro del BMW. El intercambio se realizó sobre el capó del Mercedes. Los hombres dejaron los maletines uno junto al otro y los abrieron. El de Arkadin contenía el pulgar cortado de Maks, envuelto y embolsado. El de Piotr contenía treinta mil dólares en diamantes, la única moneda que Arkadin aceptaba como pago.

Arkadin esperó pacientemente. Mientras Piotr desenvolvía el pulgar, contempló el lago, quizá deseando estar en una de las lanchas que dibujaban un camino lejos de tierra. El pulgar de Maks había comenzado a pudrirse en el viaje desde Rusia. Desprendía cierto olor, que a Piotr Zilber no le resultaba desconocido. Había enterrado a unos cuantos familiares y compatriotas. Se volvió para que la luz del sol diera en el tatuaje, sacó una lupa y con ella examinó el dibujo.

Al cabo de un buen rato, apartó la lupa.

—¿Le dio problemas?

Arkadin se volvió para mirarlo. Miró un momento a Piotr a los ojos con expresión implacable.

—No especialmente.

Piotr asintió. Echó el pulgar por la barandilla del mirador y detrás de él, la bolsa vacía. Arkadin se lo tomó como la conclusión de su trato, y fue a coger el paquete lleno de diamantes. Lo abrió, sacó una lente de aumento de joyero, eligió un diamante al azar, y lo examinó con el aplomo de un experto.

Cuando asintió, satisfecho con la transparencia y el color, Piotr dijo:

—¿Qué le parecería ganar tres veces lo que le he pagado por esta misión?

—Soy un hombre muy ocupado —dijo Arkadin, sin mostrar ninguna emoción.

Piotr inclinó la cabeza con deferencia.

—No lo dudo.

—Sólo acepto encargos que me interesen.

—¿Le interesaría Semion Ikupov?

Arkadin se quedó muy quieto. Pasaron dos coches deportivos,

subiendo la carretera como si fuera el circuito de Le Mans. Con el eco gutural de sus tubos de escape, Arkadin dijo:

—Qué conveniente es que nos encontremos en el diminuto principado donde vive Semion Ikupov.

—¿Se da cuenta? —dijo Piotr sonriendo—. Sé exactamente lo ocupado que está.

—Doscientos mil —dijo Arkadin—. Las condiciones habituales.

Piotr, que se había anticipado a la tarifa de Arkadin, asintió a modo de aceptación.

—Condicionado a la entrega inmediata.

—De acuerdo.

Piotr abrió el maletero del BMW. Dentro había dos maletines más. De uno de ellos transfirió cien mil dólares en diamantes al maletín del capó del Mercedes. Del otro sacó un paquete de documentos que entregó a Arkadin, entre ellos un mapa por satélite, que indicaba la ubicación exacta de la mansión de Ikupov, una lista de guardaespaldas y un juego de planos de la mansión, incluidos los circuitos eléctricos, el suministro de energía y detalles de sistemas de seguridad y su situación.

—En este momento Ikupov está allí —dijo Piotr—. El cómo consiga entrar es cosa suya.

—Estaremos en contacto. —Tras hojear los documentos y formular algunas preguntas, Arkadin los guardó en el maletín sobre los diamantes, bajó la tapa y los metió en el asiento del acompañante del Mercedes con la misma facilidad que si estuviera hinchando globos.

—Mañana a la misma hora, aquí —dijo Piotr mientras Arkadin subía al coche.

El Mercedes se puso en marcha, con un ronroneo del motor. Arkadin metió la marcha. Cuando se incorporó a la carretera, Piotr caminó hacia la parte delantera del BMW. Oyó el chirrido de los frenos, el coche girando bruscamente, y al volverse vio que el Mercedes se dirigía directamente hacia él. Se quedó paralizado un momento. «¿Qué coño hace?», se preguntó. Tardíamente, echó a correr. Pero el Mercedes ya estaba encima de él y lo empujaba contra el lado del BMW con la rejilla frontal.

A través de una niebla de dolor, Piotr vio que Arkadin bajaba del

coche y caminaba hacia él. Entonces algo se soltó dentro de él y perdió el conocimiento.

Recuperó el conocimiento en un estudio forrado de madera, con ornamentos brillantes y dorados, lleno de exuberantes alfombras de Isfahán. En su campo de visión había una mesa y una silla de nogal, lo mismo que una enorme ventana que daba a las aguas centelleantes del lago Lugano y las montañas brumosas que había detrás de él. El sol estaba bajo por el oeste, y mandaba largas sombras del color de un moratón reciente sobre el agua, que ascendían por las paredes enca-ladas de Campione d'Italia.

Estaba atado a una silla sencilla de madera que parecía tan fuera de lugar como él en aquel entorno de riqueza y poder. Intentó respirar hondo y la cara se le contrajo de dolor. Miró hacia abajo y vio que tenía el pecho fuertemente vendado y se dio cuenta de que debía de tener al menos una costilla rota.

—Por fin has vuelto de la tierra de los muertos. Ya empezaba a preocuparme.

A Piotr le costaba girar la cabeza. Todos los músculos de su cuerpo parecían estar ardiendo. Pero pudo más la curiosidad, así que se mordió el labio, y siguió volviendo la cabeza hasta que vio a un hombre. Era bastante bajo y cargado de espaldas. Llevaba unas gafas redondas sobre unos ojos grandes y húmedos. Su cráneo bronceo, arrugado y surcado como un pastizal, no tenía ni un solo pelo, pero, como para compensar su calva, tenía unas cejas asombrosamente pobladas, arqueadas sobre la piel encima de las cuencas de los ojos. Parecía un astuto negociante turco del Levante.

—Semion Ikupov —dijo Piotr.

Tosió. Notaba la boca entumecida, como si la tuviera llena de algodón. Sentía el sabor de cobre y sal de su propia sangre, y tragó pesadamente.

Ikupov podría haberse movido para que Piotr no tuviera que girar tanto el cuello para mirarlo, pero no lo hizo. En cambio sí que miró el fajo de papeles que acababa de desenrollar.

—Sabes que estos planos de mi mansión son tan completos que me he enterado de cosas de mi casa que no sabía. Por ejemplo, hay un subsótano bajo la bodega. —Recorrió con el dedo regordete la superficie del plano—. Supongo que ahora no sería fácil entrar en él, pero quién sabe, podría merecer la pena.

Alzó la vista de golpe y la fijó en la cara de Piotr.

—Por ejemplo, sería un lugar perfecto para tenerte encarcelado. Tendría la seguridad de que ni siquiera mi vecino más cercano te oiría gritar. —Sonrió, una pista del horrible camino que estaban tomando sus pensamientos—. Y gritarás, Piotr, eso te lo prometo. —Su cabeza fue de un lado a otro, buscando algo con los faros de sus ojos—. ¿A que sí, Leonid?

Arkadin entró en el campo de visión de Piotr. Agarró bruscamente la cabeza de Piotr con una mano y hundió la otra en la articulación de la mandíbula. Piotr no tuvo más remedio que abrir la boca. Arkadin le registró los dientes uno por uno. Piotr sabía que estaba buscando un diente falso relleno de cianuro líquido. Una píldora mortal.

—Todo suyo —dijo Arkadin, después de soltar a Piotr.

—Siento curiosidad —dijo Ikupov—. ¿Cómo demonios has logrado hacerte con estos planos, Piotr?

Piotr no dijo nada, como si se esperase lo peor. Pero de repente empezó a temblar tan violentamente que le castañeteaban los dientes.

Ikupov hizo una señal a Arkadin, que envolvió la parte superior del cuerpo de Piotr en una manta gruesa. Ikupov llevó una silla de cerezo tallada a una posición desde la que podía mirar a Piotr a la cara, y se sentó.

Siguió hablando como si no hubiera esperado una respuesta.

—Debo reconocer que demuestras tener una gran iniciativa. Conque el niño listo se ha convertido en un joven listo... —Ikupov se encogió de hombros—. No me sorprende, la verdad. Pero ahora escúchame, sé quién eres. ¿Creías que podrías engañarme cambiando continuamente de nombre? Lo cierto es que has abierto un avispero, de modo que no debería sorprenderte que te hayan picado. Y picado y picado y picado.

Inclinó el torso hacia Piotr.

—Por mucho que nos despreciemos tu padre y yo, crecimos juntos; hubo un tiempo en que éramos como hermanos. Así que, por respeto a él, no te mentiré, Piotr. Esta osada correría tuya no acabará bien. De hecho, estaba condenada desde el principio. ¿Quieres saber por qué? No hace falta que responda: claro que lo sabes. Tus necesidades mundanas te han traicionado, Piotr. Aquella muchacha deliciosa con la que te has acostado durante los últimos seis meses me pertenece. Sé que estás pensando que no es posible. Sé que la investigaste a fondo, pues ése es tu *modus operandi*. Me anticipé a todas tus preguntas; me aseguré de que recibieras las respuestas que necesitabas oír.

Piotr miró la cara de Ikupov y volvió a temblar. Le castañeteaban los dientes, por mucho que apretara la mandíbula.

—Té, por favor, Philippe —dijo Ikupov a una persona invisible. Momentos después, un joven esbelto dejó un servicio de té inglés sobre una mesa baja al lado derecho de Ikupov. Como un tío cariñoso, Ikupov sirvió y echó azúcar al té. Acercó la taza de porcelana a los labios amoratados de Piotr, y dijo—: Bebe, por favor, Piotr. Es por tu bien.

Piotr lo miró impasible hasta que Ikupov dijo:

—Ah, sí, claro. —Bebió él mismo de la taza para que Piotr viera que se trataba sólo de té, y se lo ofreció de nuevo. El borde castañeteó contra los dientes de Piotr, pero por fin éste bebió, al principio lentamente, y después con más avidez. Cuando se acabó el té, Ikupov dejó la taza sobre el plato a juego. Para entonces el temblor de Piotr se había calmado.

—¿Te sientes mejor?

—Me sentiré mejor cuando salga de aquí —dijo Piotr.

—Ah, bueno, me temo que eso tardará —dijo Ikupov—. Si es que llega. A menos que me digas lo que quiero saber.

Arrastró la silla más cerca de él; la benigna expresión de tío cariñoso no se veía por ninguna parte.

—Robaste algo que me pertenece —dijo—. Quiero recuperarlo.

—Nunca fue tuyo; tú lo robaste primero.

Piotr contestó con tanta malicia que Ikupov dijo:

—Me odias tanto como yo quiero a tu padre, éste es tu principal problema, Piotr. Nunca aprendiste que el odio y el amor son en esencia lo mismo, en tanto que la persona que ama es tan fácil de manipular como la persona que odia.

Piotr apretó los labios como si las palabras de Ikupov le hubieran dejado un sabor amargo.

—De todos modos, es demasiado tarde. El documento ya está en camino.

El comportamiento de Ikupov cambió de inmediato. Su cara se cerró como un puño. Cierta tensión prestó a todo su pequeño cuerpo el aspecto de un arma a punto de ser lanzada.

—¿Adónde lo mandaste?

Piotr se encogió de hombros, pero no dijo nada más.

La cara de Ikupov se oscureció con una rabia momentánea.

—¿Crees que no sé nada de la red de comunicaciones privada que has estado refinando los últimos tres años? Así es como mandas a tu padre, esté donde esté, la información que me robas.

Por primera vez desde que había recuperado la conciencia, Piotr sonrió.

—Si supieras algo importante de la red de comunicaciones privada, ya la habrías inutilizado.

Ante esa respuesta, Ikupov recuperó el control gélido de sus emociones.

—Ya te dije que hablar con él sería inútil —dijo Arkadín desde su posición directamente detrás de Piotr.

—De todos modos —dijo Ikupov—, existen ciertos protocolos que deben tenerse en cuenta. No soy un animal.

Piotr soltó una risita.

Ikupov miró al prisionero. Se sentó de nuevo y se levantó cuidadosamente la pernera del pantalón, cruzó una pierna sobre la otra y enlazó los dedos regordetes sobre el estómago.

—Te doy una última oportunidad de seguir esta conversación.

Cuando el silencio se alargó de forma intolerable, Ikupov levantó la cabeza para mirar a Arkadín.

—Piotr, ¿por qué me haces esto? —dijo con un tono resignado. Y, entonces, dirigiéndose a Arkadin—: Empieza.

Con todo el dolor y falta de respiración que le costaba, Piotr se volvió todo lo que pudo, pero no pudo ver lo que estaba haciendo Arkadin. Oyó el ruido de utensilios sobre un carro de metal empujado sobre la alfombra.

Piotr se puso recto.

—No me asustas.

—No pretendo asustarte, Piotr —dijo Ikupov—. Pretendo hacerte daño, mucho, mucho daño.

Con una dolorosa convulsión, el mundo de Piotr se contrajo hasta convertirse en una estrella en el firmamento nocturno del tamaño de una cabeza de alfiler. Estaba encerrado en los confines de su mente, pero a pesar de todo su entrenamiento, de todo su valor, no logró compartimentar el dolor. Tenía una capucha en la cabeza, firmemente atada alrededor del cuello. Aquel confinamiento magnificaba el dolor cien veces porque, a pesar de su arrojo, Piotr sufría claustrofobia. Para alguien que nunca entraba en cuevas, espacios pequeños o se sumergía bajo el agua, la capucha era el peor de los mundos posibles. Sus sentidos podían decirle que de hecho no estaba confinado en ninguna parte, pero su cabeza no lo aceptaba: estaba totalmente abandonado al pánico. El dolor que Arkadin le estaba infligiendo era una cosa, y la manera en que lo magnificaba era otra. La cabeza de Piotr daba vueltas, fuera de control. Sintió que se volvía salvaje: era el lobo atrapado en una trampa que empieza a morderse la pata de manera frenética. Pero la mente no era una extremidad; no podía morderla.

Oyó, de una manera apenas perceptible, que alguien le formulaba la pregunta cuya respuesta conocía. No quería dar la respuesta, pero sabía que lo haría porque la voz le decía que si respondía le quitarían la capucha. Su mente enloquecida sólo sabía que necesitaba que le quitaran la capucha; ya no podía distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, el bien y el mal, las mentiras de la verdad. Sólo reaccio-

naba a un imperativo: la necesidad de sobrevivir. Intentó mover los dedos, pero al inclinarse sobre él su interrogador debía de haberlos presionado con el talón de la mano.

Piotr ya no podía aguantar más. Contestó a la pregunta.

No le retiraron la capucha. Aulló de indignación y terror. «Claro que no me la han quitado», pensó en un fugaz instante de lucidez. Si lo hubieran hecho, no tendría incentivo para responder a la siguiente pregunta, y la siguiente, y la siguiente.

Y las respondería, todas. Lo supo con una seguridad pasmosa. Aunque una parte de él sospechara que no le quitarían nunca la capucha, su mente atrapada se arriesgaría. No tenía alternativa.

Sin embargo, ahora que podía volver a mover los dedos, tenía otra alternativa. Justo antes de que el remolino de pánico enloquecido se apoderara de él, Piotr se decantó por esa alternativa. Existía una salida y, rezando una silenciosa plegaria a Alá, la eligió.

Ikupov y Arkadin miraban el cadáver de Piotr. Su cabeza caía hacia un lado, sus labios estaban muy azules y una espuma tenue pero evidente manaba de su boca medio abierta. Ikupov se inclinó y olió el aroma a almendras amargas.

—No lo quería muerto, Leonid. Te lo he dejado muy claro. —Ikupov estaba contrariado—. Esto tendrá malas consecuencias. Tiene amigos peligrosos.

—Los encontraré —dijo Arkadin—. Los mataré.

Ikupov sacudió la cabeza.

—Ni tú puedes matarlos a todos a tiempo.

—Puedo ponerme en contacto con Mischa.

—¿Y arriesgarnos a perderlo todo? No. Comprendo tu relación con él: era tu amigo íntimo y mentor. Entiendo tus deseos de hablar con él, y de verlo. Pero no puedes, hasta que todo esto haya acabado y Mischa vuelva a casa. No hay más que hablar.

—Entiendo.

Ikupov se acercó a la ventana, y se quedó de pie con la mano en la espalda contemplando cómo oscurecía. Las luces brillaban en la

orilla del lago, y en la colina de Campione d'Italia. A la contemplación de aquel paisaje en transformación siguió un largo silencio.

—Tendremos que acelerar el calendario, eso es todo. Y tomarás Sebastopol como punto de partida. Utiliza el nombre que le sacaste a Piotr antes de que se suicidara.

Se volvió para mirar a Arkadin.

—Ahora todo depende de ti, Leonid. Llevamos tres años planificando este ataque. Se pensó para dañar la economía estadounidense. Apenas nos quedan dos semanas para que se haga realidad. —Cruzó la alfombra sin hacer ruido—. Philippe te proporcionará dinero, documentos, armas que escaparán a la detección electrónica..., lo que necesites. Busca a este hombre en Sebastopol. Recupera el documento, y cuando lo tengas, sigue la red de comunicaciones privada y ciérrala para que no pueda utilizarse nunca más ni poner en peligro nuestros planes.